



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

20 de Octubre 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 *
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 *

NÚM. 17.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—Una fiesta en Venecia, por EMILIO CASTELAR.—Poesías: Sin esperanza, por JOSÉ MORENO CASTELLÓ.—En el album de la Sta. Ros de Olano, por JAVIER GOVANTES DE LAMADRID.—Mis deseos, por MATÍAS PASTOR.—La que yo adoro, por FRANCISCO W. MIGUEL.—La primera vez, por J. P. BARCELONA.—Pequeñas poesías, ARTURO GAZUL.—El frac, por J. T. SALVANY.—Revista de Madrid, por SOFIA TARTILAN.—Un carmelita, por J. M. GOMEZ COLON.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

VIII.

LA ENVIDIA.

CON tan desdichada suerte pone el hombre mano airada en la obra de la naturaleza, que allá donde se vé la huella de su accion hay que lamentar un error ó que reir de un desatino. Y nótese tambien que nunca sus correcciones son más torpes ni más dolorosas, que cuando parece que ha debido poner más esmero y más cuidado del acierto; esto es, en las que se refieren á su personalidad, á su conciencia: porque es innegable, que siempre que guiado por la inteligencia y á la luz de la ciencia se entromete á modificar la naturaleza y á transformar continentes en islas, montes en llanos, áridos desiertos en húmedas campiñas, montañas inaccesibles en anchas y cómodas vías de comunicacion, el hombre aparece atinado y potente; mas siempre que toma los instintos y las inclinaciones primitivas y las tuerce, y las transforma, y las inclina de otro lado diferente de aquel á que fueron encaminadas, y las convierte en instrumentos del capricho ó en medios para extraños cálculos, no puede negarse que anda desacertado y que trabaja con desgracia.

Dios crea el mundo para la vida; el hombre toma el mundo y lo transforma para la civilizacion; la naturaleza es como la materia prima que debe trabajar la industria. El hom-

bre está en su derecho; porque si el mundo puede servir para su conservacion, no sirve para su comodidad, su utilidad ni su recreo: Dios no lo dió pulido, porque quiso que el hombre lo puliera; y como habia engalanado á éste con una inteligencia laboriosa, puso á su disposicion un mundo sin labrar: todo esto es armónico: á un mundo transformable, un hombre transformador; á un genio inventivo y escudriñador, una naturaleza fecunda y modificable.

Mas con la conciencia parece que no debió suceder así: el alma humana no puede servir más que para dos cosas; para el bien y para el mal; para el destino del hombre y para los fines del monstruo: por eso todo lo que no es racional es monstruoso; y apenas el hombre separa de su cauce uno de los poderes de su espíritu, arrastrado por él llega, bien á lo ridículo, bien á lo deforme; pero siempre á lo anómalo, á lo absurdo y á lo pecaminoso.

La sociedad que lo contempla en su afán y mira el resultado, rie ó llora al ver el aborto, segun se le presenta con los cómicos rasgos de la caricatura, ó con los trágicos caracteres del delito.

Rica es el alma en potencias como la naturaleza en gérmenes; que no consiste la facilidad del extravío en la pobreza del contenido, sino en la mayor delicadeza y gravedad de los dones, no tan blandos y adaptables, que se amolden, como los objetos físicos, á inspiraciones del interés ni á los antojos del placer y la comodidad. Las dotes del alma sirven para todos los fines de la prudencia, para todos los propósitos del amor y para todos los designios de la justicia; pero nada más que para esto; si las apartais de la esfera racional en que se desenvuelven y las introducís en la veleidosa region del deleite, ó en la oscura cima del cálculo utilitario, ó en la inmunda mansion de la iniquidad y el vicio, los poderes anímicos se pervierten, se degradan, se corrompen y desaparecen para dar lugar á algo risible ó tremendo, despreciable ó temible, repugnante ú odioso.

Buena prueba de esta verdad nos ofrece la emulacion, instinto admirable, expresion de

nuestra perfectibilidad y medio precioso de progreso, convertido en hedionda envidia, apenas se le saca de sus límites naturales, se le abulta, se le mancha y se le pone al servicio del torpe y estrecho egoismo. ¿Por qué trocar la emulacion en envidia? ¿Gana algo la condicion humana con semejante transformacion? Sin duda es más fácil envidiar, que emprender la conquista de ajenos méritos por medio de la imitacion: la holgazanería es el fundamento de la envidia. Parece que el alma ha contraído hábitos de pereza y que, no sólo siente repugnancia invencible al trabajo, sino que ignora los caminos que conducen á la posesion de las virtudes: la ignorancia es compañera de la pereza en la generacion de la envidia. Un espíritu ignorante tiene que ser tardo en concebir y débil en penetrar: es un espíritu chico: la envidia es pasion de almas pequeñas é impotentes.

Para un hombre envidioso, ó los méritos no existen, ó son falsos, ó le irritan, si no puede negar su realidad ni explicarlos por la hipocresía. La envidia empieza por negar; porque á más de ser ella esencialmente negativa, el egoismo que la caracteriza no consiente que se conceda á nadie aquello mismo que á nosotros nos falta: la negacion la arrastra á la mentira, y la envidia principia por ser embustera. Cuando sobresalen tanto las cualidades ajenas que hacen imposible toda negacion, el envidioso acude al grosero medio de explicarlas torpemente; no pudiendo falsearlas en sí, las falsea en su causa, emprendiendo el desvergonzado camino de atribuirles una razon y unos fundamentos bastardos y un objeto y un fin viciosos: de la mentira pasa á la calumnia, gradacion natural y lógica que rebaja al envidioso de pecador hasta criminal, de necio hasta malvado. Y obsérvese entónces, que toda la inercia y la rudeza que el corazon habia manifestado cuando se trataba de imitar virtudes ajenas, se convierte en actividad y agudeza cuando se trata de combatir las por la murmuracion y la mentira. Tales actitudes, que bien empleadas hacen del hombre el ingenioso inventor y el trabajador incansable,

empleadas en el sofisma y la maledicencia, demuestran la degradación y la miseria en que sepulta á la conciencia la venenosa *envidia*.

Pero hay méritos tan sobresalientes y famas tan sólidamente establecidas, que atacarlas es como morder en hierro; entónces, como en la fábula de *La serpiente y la lima*, el envidioso se irrita, el odio aumenta la secreción de su mortífera baba, y sintiendo reforzada su rabia con la exageración de su misma impotencia, se irgue altanero y emprende una lucha descarada y terrible: la vívora se convierte en tigre: la *envidia* que no puede minar, derriba: el lazo se cambia por el puñal: el ratero se trueca en asesino: la calumnia avanza hasta el homicidio.

Mas desgraciadamente la *envidia* es cobarde y rara vez llega á estos grados de manifestación y de fuerza: su recinto es negro y pavoroso, su arma natural es la traición. ¡Qué alma noble y esforzada es envidiosa! ¡Qué espíritu cobarde se muestra al mundo! Como los ojos albinos huyen del Sol y maldicen del día, la negra mirada de la *envidia* teme á la publicidad y blasfema contra los vivos destellos de la virtud: frente á frente de la luz, se entornan los párpados del albino; y frente á frente del valor, tiembla el envidioso. La forma de tigre, es pues, rarísima; la forma de aspid, es la más frecuente. Cuando tropieza, por tanto, con méritos invulnerables y famas fuertemente cimentadas, la *envidia* se vé forzada á absorber todo el veneno que ha destilado; por eso ella misma está envenenada; por eso el envidioso es infeliz, y por eso, si como envenenador era temible y odioso, como envenenado es digno de compasión y de lástima.

Pocos vicios llevan en sí mismos un castigo tan cruel como la *envidia*: encargada de teñir de sombras el brillante cuadro de la virtud, de contribuir de este modo al triunfo de lo mismo que combate, de correr uncida al carro glorioso del mérito vencedor, de tascar el inmundo freno de una dependencia ignominiosa y de conspirar eternamente contra su señor, desde el cenagoso fondo de su abyecta esclavitud, no tiene ni una hora de paz, ni una esperanza de vencimiento, ni un rayo de luz, ni un minuto de descanso. Nutrida con su propia hiel, respirando el fuego de su rabia, sintiendo circular por sus venas lava hirviente, segregando ponzoña y revolviéndose en el fango de sus pensamientos de muerte y de sus cálculos horripilantes, vive, si esto es vida, temida por unos, despreciada por otros, compadecida por los ménos, escarnecida por los más y castigada por todos. Alma dormida para el bien y despierta siempre para el mal, hállese condenada por sí propia á contemplar tan sólo el espectáculo tristísimo y aterrador del delito; murciélago que se esconde en sucio agujero huyendo del día y que jamás disfrutó de las espléndidas perspectivas de la naturaleza; divinidad lóbrega que se encoge en el más hondo rincón de la conveniencia, dominando despóticamente sobre el corazón y sin atreverse á salir al exterior, porque no la hiera la vergüenza ó la enfurezca el espectáculo de la santidad y del heroísmo: espíritu satánico é imponente que engendra en las tinieblas los proyectos que intentan realizar á la luz sus cobardes emisarios, la calumnia y la traición; tal es la *envidia*, pasión infernal que hace de la lengua un puñal y de la palabra una mordedura; que acaricia cuando quiere ahogar y sonríe cuando quiere herir; que escupe en el estrado, y mancha en el hogar, y blasfema en el templo; que persigue infatigable al hombre desde las alturas del poder á las profundidades del domicilio, que le empieza á roer desde que, velado por su madre, duerme en el altar de la cuna el primer sueño, hasta que, llorado por sus hijos,

duerme el último en el santuario del sepulcro; que no le deja vivo por celos ni le perdona muerto por rencores; que critica donde todos admiran, injuria donde todos veneran y odia donde todos aman: tal es la *envidia*; hidrofobia insaciable que empieza por codiciar lo bueno, para concluir por ambicionar lo malo; monstruo que todo lo traga, que nada nos deja, que en todo ve competencia, que halla en todo superioridad; que principia devorando avariento el talento, la virtud y la belleza, méritos reales, y termina reclamando despótica para sí, la astucia, la hipocresía y los afectos, fantasmas del mérito; que quiere, no ya la ilustración de aquel, ni la caridad de este, ni la gentileza del otro; sino que codicia al uno la salud, al otro el oro, á aquel el pergamino nobiliario, á este el alto puesto ó la cinta del ojal; miserable sed que ambiciona el título vano y la condecoración comprada, la importancia social, aunque sea mentida, las enormes riquezas, aunque sean robadas; hambre sin fin, que destroza lo que no devora y llama perfidia al talento y necesidad á la virtud y presunción á la belleza; que desprecia el arte, y se irrita ante la ciencia, y es impía contra la bondad, tal es la *envidia*.

Si algo pudiera despertar al hombre de esos soberbios sueños de grandeza y soberanía en que se juzga un semi-dios, para traerle á la triste realidad de su pequeñez y su miseria, bastaría para arrancarle de esa embriaguez de omnipotencia y de ese sopor del orgullo, la penosa idea de que cabe en su pecho la *envidia*. Esa ley de las compensaciones, siempre tan severa y tan dura á veces, se ha complacido en colocar los signos de nuestra pequeñez y de nuestra degradación, al lado de los títulos de nuestra nobleza y de nuestra gloria: en la inteligencia el error, en el corazón las pasiones, en la conciencia el vicio; al lado de la verdad la mentira, confundido con el amor el odio, mezclada con la caridad la *envidia*. Y ese instinto magnífico de la emulación que Dios dejó caer en nuestra alma para empujarla hácia la perfección, convertido en molesto aguijón por la torpeza y el orgullo, y torcido y viciado por la pereza y la ambición, arrojan al hombre ciego y aturrido, por las vías de la desdicha y de la perdición. La *envidia* condena al hombre, á codiciar siempre sin conseguir jamás; porque la virtud y el mérito huyen despavoridos de una conciencia nublada por la ignorancia, esterilizada por la impotencia, é inflamada por el odio. Ni el honor, ni la justicia aciertan á respirar esa atmósfera deletérea que exhala el envidioso; ni la paz, ni el amor pueden habitar un corazón convertido en nido de reptiles ó guarida de fieras: antro de conspiraciones perpetuas, en que no caben la confianza ni el reposo; hornillo en que se funden el crédito y la estimación ajenos; cueva infernal en que llama el candor y responde la malicia, en que recibe al ángel de la verdad el demonio de la calumnia y en que las preveniciones ridículas y las torpes sospechas, desgarran y devoran al justo y al héroe, al sabio y al santo.

¡Ah! la *envidia* es incompatible con todo lo que vale algo: es un signo negativo mezclado en la gran suma de virtudes que debe ofrecer la humanidad á su Dios el día de la cuenta; es una cantidad á restar en el problema del destino humano. Ese infierno con que se amenaza al malo, no puede ser ocupado por ningún crimen con más justo título que el de la *envidia*: después de todo ¿no ha convertido el envidioso la vida en infierno? ¿No es pues, muy justo que se le perpetúe en el estado escogido y fraguado por él libremente? ¿Cómo es posible tampoco que la *envidia* repose al lado del amor, en la región de la justicia? Preciso será que antes de pisar el envidioso la bella mansión del noble de es-

píritu, se depure en otras existencias, en otros mundos y con otras pruebas. Que el alma se purgue, que se purifique, que se redima.

Lancemos del corazón los venenosos gérmenes de la *envidia*; después de todo, no hay motivos para *envidiar*, porque no hay virtud tan alta ni mérito tan empinado, que no pueda alcanzarle noblemente el alma más débil ni el corazón más humilde: el medio infalible para conseguirlo, es fácil: se llama *el trabajo*.

ROMUALDO A. ESPINO.

UNA FIESTA EN VENECIA.

I.

EL mundo antiguo no conoció; el mundo moderno, á su vez, no conocerá ciudad de tan extraña, pero tan llamativa hermosura, como la singularísima Venecia. Cuando descendéis hácia sus cercanías y os sumergís en sus lagunas, imagináis hallaros en otro planeta de condiciones diversas á las condiciones de nuestra tierra, cubierto por el Océano, y obligando á sus habitantes, imposibilitados de poner el pié en el suelo firme, á erigir sus viviendas como esas aves cantadas por la poesía antigua que depositaban sus nidos en las ondas, á erigir sus viviendas, decia, en medio de las aguas.

Las lagunas, extendidas en el verde claro de las tierras que riegan tantas corrientes como fluyen de los Alpes y el azul oscuro del mar Adriático, brillan al Sol, según la profundidad de sus aguas y la materia de su fondo, como si fueran una sustancia preparada para amasar ópalos y perlas.

La entonación general es celeste tirando á blanca; pero el reflejo de los rayos del Sol, que fingen aquí legiones de estrellas saltando de las grutas marinas; las sombras de las algas que dan allá toques oscuros y sombríos; los arrebos de tal hora del día ó de tal cambio del viento que proyectan por todos lados reverberaciones de púrpura, de rosa, de laca á un mismo tiempo como matices mezclados en mágica paleta; las franjas de espuma, que á guisa de encajes, bordan los límites de tal isla ó señalan las tortuosidades de tal corriente, las estelas dibujadas así por la quillas de las barcas como por los movimientos de los peces; las escamas relumbrantes bajo la clara linfa; los bosques marinos con las ramas verde-negras en los abismos; las combinaciones fosfóricas y hasta eléctricas que, si no lucen al resplandor diurno, modifican las sensibles aguas con algún destello; las conchas pintadas resaltando sobre los bancos de áureas arenas y sobre las líneas de mármoreos diques; todos estos espectáculos pintan iris tales en el inmenso espejo, que no sabeis si admirar su celeste uniformidad ó sus múltiples cambiantes, más bellos que las facetas de los cristales venecianos ó los ramajes de la pérsica alfombra, pues nada hay tan deslumbrador como los espejismos fingidos por los juegos del aire, de la luz y de las aguas en la inmensa extensión del mar ó en la limitada extensión del lago, semejantes uno y otro á pedazos de cielo comprendidos sobre la tierra.

II.

Por esta etérea laguna, entre el aire arbolado y las aguas esmaltadas ¡qué ciudad, Dios mío, qué ciudad han levantado los hombres! Dejad la montaña, la pradera, las aguas, los arenales, todo cuanto ha hecho allí la naturaleza, y convertid los ojos á las iglesias, á los palacios, á los monasterios, á los muelles, á todo cuanto ha hecho el arte. En una inmensa extensión, como si fueran diques de mármol, se extienden los mullones fabricados para dividir las aguas del mar Adriático y las aguas de la laguna de San Marcos.

Por las sinuosidades, que los diversos canales forman en todas direcciones, alzanse pilotes teñidos, ó de azul y blanco, ó de amarillo y rojo, ó de verde y negro, destinados á contener las variaciones de las corrientes y á amarrar las góndolas. Entre estos pilotes mecense al viento la vela latina y la vela cuadrada, tintas en colores azafranados, que resaltan por singular manera sobre el azul de las ondas, y que parecen gigantescas alas rozadas en la flora de algún bosque de los trópicos.

Más allá de los diques, que se llaman murazzi, y de la lengua arenosa que se llama Lido, dibújanse isletas, especie de escollos esponjosos ó de aglomeraciones de fango, contrastando su color oscuro con el claro de las aguas y sus verdes jardines con las torres medio rosáceas y medio blancas de sus pintorescos monumentos. Los árboles se bajan hasta tocar con sus ramas las aguas, y las agujas, las pirámides, las veletas, rematadas muchas de ellas con ángeles dorados, se elevan hasta parecer constelaciones del cielo.

Teniendo por fondo los Alpes del Fricoul; entre los esmaltes de aquel aire cargado con tantas emanaciones salinas y los cambiantes de aquella laguna pintada por tantos colores y matices diversos, extiéndense sus palacios con sus fachadas marmóreas, y sus intercolumnios aéreos, y sus galerías ojivales, y sus mosaicos que diríais formados de rica pedrería: élévanse las rotondas de las iglesias, cuyas esferas dan á la ciudad aspecto de una nueva Bizancio y toman á lo lejos aire de radiosas apariciones asiáticas; brilla el maravilloso alcázar de la señoría veneciana compuesto de jaspes áureos y purpurinos, sustentando sobre gruesas columnas de granito oriental y sobre calados maravillosos de góticas ojivas, concluido por una blanca crestería tan transparente y tan luminosa como si fuera una crestería de cristal; luce la iglesia de San Márcos, con sus tres cúpulas remedo de las cúpulas de Santa Sofía, todas teñidas de un color blanquecino como si fueran rayos melancólicos de la luna cuajados por mágica arte; y osténtanse á todos lados torres de varias formas, monolitos concluidos por estatuas de santos ó por animales fantásticos, logias enriquecidas y ornamentadas con los primores de la escultura moderna, ángeles con sus alas de varios plumajes y Vírgenes con sus mantos de varios colores, saliendo como de un sueño, de aquellos frescos al aire libre y de aquellos cuadros hechos con piedras y pastas transparentes; paisaje incomparable, realizado por las reverberaciones de los horizontes y de las lagunas, embellecido por las bandadas de palomas que cruzan los aires y las bandadas de gaviotas que rozan las ondas, circuido por las velas, albas ó pajizas de los barcos y por las figuras de las góndolas tan lucientes como pedazos de azabache; recordando en todos sus aspectos Asia, Grecia, Egipto, Siria, como si fuera aquel sitio, ya un Olimpo de artistas, ya una caverna de piratas, los cuales necesitando vivir de continuas correrías, despojaron de sus riquezas á todas las regiones orientales, y trayéndolas á las orillas del Adriático, las embellecieron y exaltaron con sus propias riquezas y sus inagotables inspiraciones, para hacer así de su Venecia la diosa y la maga y la sirena de los mares.

III.

Vamos á pintar la Venecia del siglo décimo-quinto que ha sido engrandecida, pero no cambiada más tarde. En el tiempo que deseamos resucitar, y que podeis ver aún, viendo los cuadros del Carpaccio, no existía frente al palacio ducal esa admirable Biblioteca vieja esculpida en los días más bellos del renacimiento por la mano milagrosa de Sansovino, capaz de dar á las esculturas modernas toda la gracia y la armonía de las esculturas antiguas. No existía tampoco esta iglesia de la Solute, verdadera montaña de mármol blanco que se mira y se repite en las aguas del gran canal, como las cúspides nevadas de los Alpes en las linfas de los tranquilos lagos.

No brillaba sobre la espaciosa isla de Gindecca, el monasterio de San Jorge Mayor, blanco y rojo, ideado y dirigido por la clásica inspiración de Palladio. Pero, en una y otra línea de la calle maravillosa formada por el gran canal, agrupábanse ya los más hermosos y más admirables palacios que puede soñar una imaginación enamorada de las combinaciones caprichosas de líneas y de colores: el palacio Dario, de estilo lombardo: recién esmaltado con sus mármoles orientales; el palacio de Foscari, de dobles columnatas y de calados rosetones que daban á las piedras la transparencia de los vidrios; el palacio Bernardo, brillantísimo por sus relieves parecidos á primorosas cinceladuras; el palacio Donato, levantado en el undécimo siglo, con los arcos semi-circulares, semi-romanos, propios por su austeridad y la solidez de la arquitectura bizantina; el palacio Farsetti, donde los prodigios de genio oriental se mezclan con los prodigios del genio italia-

no; el palacio Morosini, abrigado por los juegos de las artes árabes, revelando las correrías de los cruzados y de los navegantes venecianos en el siglo décimotercio; El Fondaco, llamado más tarde de los turcos, y que erigido en la décima centuria, tomaríais por un camarín de Toledo ó por un patio de Córdoba; palacios todos maravillosos; pequeños por lo reducido del piso, aéreos como para gozar de todos los beneficios del clima, ornados de manera que puedan ser por las aguas repetidos; á cuyos lados se alzan los pilotsi y se mecen las góndolas, por cuyas escaleras, donde van á morir como en sonoras playas las tranquilas ondas, agrúpanse pajes y gondoleros vestidos con esos brillantes equipos y esos vivos colores, que toman mayor entonación y viveza en la claridad deslumbradora de las transparentes lagunas, donde crecen hasta duplicarse las reverberaciones de la luz y los resplandores del día.

IV.

Es la fiesta de la Ascension. Las campanas repican alegres; y su repique toma, al caer sobre las lagunas, melodiosas resonancias. Las músicas suenan, y mezclan sus acordes suaves al ciclópeo tañido de las campanas.

A toda hora se ven flores que exhalan la fragancia de la Primavera y aves recién libertadas que vuelan ceñidas de lazos, con especialidad á punto de medio día, cuando el Patriarca entona en la iglesia de San Márcos, bajo la rotonda que parece de oro macizo, en frente de la sacra pala recamada de zafiros, diamantes y rubíes, el *Gloria in excelsis Deo* al toque de las trompetas del órgano, entre cuyos torrentes de armonía descubren las oraciones exhaladas de las almas estáticas, tras las azuladas humaredas despedidas por los áureos incensarios, la ascension del Salvador desde las sombras de la tierra á la inmensidad de los cielos. Pero lo que especialmente caracteriza á Venecia en este día solemne, es la boda del Dux con la mar. Y en efecto, la ciudad que ha dominado al Mediterráneo con sus escuadras; que ha convertido las islas griegas en sirenas de su marino carro tan brillante como las conchas donde surgiera Vénus, que ha poseído las riberas dalmatas y ha aterrado hasta los montañeses de Albania; que ha vencido al mismo imperio bizantino, y llegado en expediciones casi fantásticas á las soñadas regiones donde llegara el cetro mágico y la espada legendaria de Alejandro; rica por sus despojos, audaz en sus empresas, gozosa como los navegantes; sensual en medio del ascetismo místico que sobrecoja el pensamiento y embargaba la conciencia de los siglos medios; trabajadora en aquellos momentos de combate libre de los bárbaros, porque se pobló desde un principio con los fugitivos que se escapaban á las irrupciones; libre del feudalismo, porque la lucha igual con las ondas traía los primeros albores del espíritu moderno; libre de la teocracia, porque la actividad humana mataba el fanatismo religioso; libre de la monarquía absoluta, porque, si el comercio creaba una aristocracia de dinero, no podía crear la superioridad de una sola persona; cogió el tridente; hizo salir del suelo escuadras; trajo á la noche esposa de nuestras supersticiones los esplendores del cielo asiático; embalsamó con sus esencias y con sus aromas de Oriente el aire envenenado por las pestes; limpió el cuerpo humano comido por la lepra; engarsó en la corona de Europa las perlas de los mares, donde el Sol tiene su cuna; ensanchó nuestros territorios comunicándolos por la navegación con territorios ántes ignorados; recogió á los últimos fugitivos del imperio griego y primeros fundadores del Renacimiento moderno, derramando con el fuego de su genio, al son de las canciones báquicas y de la voluptuosa música, en las ateridas venas de la humanidad, helada por el terror á la próxima ruina del mundo en el juicio final, así la sangre hirviente al calor de la juventud como la esperanza henchida de progresivas ideas.

V.

Venecia, en la Edad Media, y especialmente en la última mitad del siglo décimo quinto, era la diosa de los mares. Y por consecuencia podía y debía desposarse con el Adriático, elevando á su lecho, á su trono, á su altar, aquel rendido esclavo. La misa de la hora, como llamamos los meridionales á la misa de la Ascension, se acaba. El Bucentauro, la góndola ducal, do-

rada primorosamente con relieves que representan divinidades marinas con grupos de estatuas que recuerdan la ciudad y sus glorias, tapizada y alfombrada á la oriental usanza, llena de una tripulación que brilla por sus pintorescos trajes, mécese al pie de la *piazza*, cerca del Alcázar, frente al monolito, donde campea el león al lado de San Márcos con sus fauces abiertas, como para respirar el aliento de los huracanes. Por las ventanas de mármol ornadas con colgaduras varias, que resaltan entre las líneas de los edificios, descúbranse las hermosísimas cabezas de las damas venecianas, enrubriadas por los cosméticos, que no pueden afealarlas; y rociadas por la pedrería que no luce tanto como sus negros y asesinos ojos.

Antes de embarcarse, el Dux y su cortejo han de recorrer la plaza de San Márcos y la placeta, saliendo por aquella puerta mayor de la Basilica, sobre cuyo arco principal, entre los vidrios de colores y los mosaicos, piafan aún los caballos griegos; y en cuyo pavimento se postró de hinojos la grandeza material del emperador Federico Barba-roja ante la grandeza moral del Pontífice Alejandro III. Imaginaos lo que sería la plaza: San Márcos y el palacio ducal á la parte del Mediodía; los arcos ojivales del inmenso monumento llamado de los procuradores, todos de mármoles blancos, á la parte del Este; edificios varios á la parte del Norte; y al Oeste el airoso campanile, los airosos monolitos graníticos, la terminación del gran canal, todo poblado de góndolas, entre las cuales resplandece el áureo Bucentauro, como el Sol poniente entre las nubes del ocaso.

Si en las ventanas y sobre las colgaduras se veían los graciosos rostros de las damas, veíanse en la plaza los jóvenes con sus calzas de puntos y su juboncillo de seda, largo el cabello que caía sobre la espalda, y ceñidas los sienes con lazos de oro; los bravos vestidos de mantos amplísimos, capuchas anchas, pecheras adornadas de lazos, mangas perdidas; los comerciantes con Syria, envueltos en sus togas multicolores, forradas en raso negro; los soldados, mostrando los coletes de diversos paños y las mangas acuchilladas; los feriantes ceñidos de sombreros de fieltro y golillas de encaje; los nobles de cierta edad madura, realzados por sus túnicas de sarga, que prendían al cuello con corchetes riquísimos y dejaban caer sin ningún cinturón hasta las plantas; los servidores de la señoría, cuyos trajes resaltaban entre los trajes oscuros por sus matices violetas; los capitanes ricamente adornados con pectoral de terciopelo y oro, capa de varias sedas, á cual más llamativas, cordones con bellotas que desafiaban en tintas al mismo iris, túnica prendida de cinturón argentado, medias carmesí; los pregoneros con su capa celeste y su birrete grana; los maestrantes con sus espadas de metales preciosos, brillando sobre el traje de preciosas telas, pero de visos sombríos y oscuros; los innumerables uniformes de tan varias profesiones, todos pintorescos y todos alegrando la vista con sus diversos trajes en aquel magnífico escenario.

VI.

La procesion comienza.

Vienen primero los abanderados con ocho banderas de oro, en cuyo centro resaltan las armas y los escudos de Venecia. Tras los ocho abanderados siguen los heraldos del Dux, vestidos de abigarrados trajes. En pos de los heraldos, los trompeteros sonando trompetas de plata, tan largas, que necesitan llevar delante pajeillos soportándolas sobre sus hombros. En pos de los trompeteros siguen las servidumbres del senado y de las embajadas, porfiando en la variedad de sus divisas y acompañadas por escogida música que toca marciales marchas.

Después de este grupo, tan animado y pintoresco, caminan los canónigos de la Basilica, capellanes del Dux, vestidos de albas, compuestas por las más lujosas blondas, sobre las cuales resaltan las capas pluviales, dignas del Oriente, por los recamados de oro y las bordaduras de seda y el rocío de perlas. Al terminar el paso de los canónigos, véase un diácono que lleva grande cruz de oro macizo, eslabonada con tanto primor que, al reflejarse los rayos del Sol en sus caladas aristas y en sus bruñidas superficies, materialmente deslumbran y ciegan. En este sitio de la procesion aparece el Patriarca, majestuoso, barbado, solemnisimo, con una mitra digna de los antiguos dioses persas

por lo alta, con una capa que vale materialmente un reino por lo rica, con una túnica que le dá el aspecto de grande sacerdote judío por lo simbólica, derramando bendiciones y sostenido por algunos sacerdotes, tan pendientes de su voluntad, que los creeriais destinados á adorarle, cual adoran los ángeles á Dios.

Un primoroso candelabro, concedido por el Papa en premio de antiguos servicios, abre la marcha de los verdaderos dignatarios de la Señoría. Al candelero sigue cincelada bandeja, sobre la cual brilla el Corno, extraño nombre dado á la más significativa insignia ducal. Tras el Corno viene la sede de honor, llevada en hombros por un camarero, y semejante en su forma á las sillas curules de los romanos. A la sede sigue el cojín, una verdadera maravilla de lujo. Luégo aparece el gran canceller, envuelto en su larga túnica de mangas perdidas y ceñido con su clásico birrete. Al canceller sigue un pajecillo, con el nombre de Balotino, ricamente enjaezado, como para señalar la venida del poder supremo. En efecto, ahí teneis los abogados, vestidos de púrpura; los senadores, vestidos de brocados, que tienen un lustre incomparable, pero sin oro alguno, por respeto al príncipe; los generales con sus trajes de terciopelo y sus mantos de tisú; los portadores de la espada ducal, cincelada con todos los recursos artísticos, y digna por su magnitud de un gigante; y bajo sombrilla, como la que llevarán los antiguos reyes de Babilonia, el viejo Dux, coronado por gorro frigio, tal como lo arregló Zeno en el siglo décimo tercio, como una verdadera diadema al borde, vistiendo la sotana de brocado toda recamada de oro, y el rozagante manto imperial con esclavina de armiño. ¿Puede darse espectáculo que deslumbré de esta suerte la vista?

VII.

Luégo que ha pasado la procesion por el sitio donde cada curioso se encuentra, corren á todo correr los satisfechos en demanda de la góndola que ha de llevarlos á presenciar las nupcias de Venecia con el Adriático. El día de la Ascension tiene tal solemnidad, que hasta especiales trajes le señalaban las ordenanzas de aquellos siglos. La novia, que en semejante festividad se casa, perteneciente al estado noble, debe llevar perlas en las trenzas, al cuello, á las orejas; debe lucir hombreras de oro sembradas de zafiros; debe arrastrar larga cola de raso negro; ceñirse elegante jubon de raso blanco, y envolverse en argentado velo de gasa. La jardinera de Chioggia arregla su mono con mayor cuidado y le ciñe cordones de colores, desques de calzar zapato blanco y vestir la saya azul con franja de terciopelo. Los remeros esclavos y griegos, rubios aquellos y de ojos azules, morenos éstos y de escultórica figura, abotonan mejor este día su *burichetto* al pecho, estrenan bombachos de lino, renuevan las plumas de su gorro y bruñen las armas de su cinto de cuero bordado de vistosa sedería. Las campesinas recojen su cabellera con una red de oro; sobre la red llevan un sombrero de fina paja todo ornado de plumajes; circundan sus corsés de botones de plata sobredorada; rodean con cuentas de coral cuello y mangas; se ciñen una basquiña de lana sembrada de rosas de seda y se calzan historiadas sandalias. Así es que todo allí luce vivisimos colores y todo tiene el aspecto pintoresco propio de una ciudad sin igual en la tierra, que parece á cada momento próxima á verse dispersada por los vientos y sumergida por las aguas.

Imaginaos qué serian en las fiestas de la Ascension los desposorios del Dux con la mar. Las torres cantan con sus lenguas de metal. Los gallardetes ondean por las pirámides, por las agujas, por los botareles, por las cúspides, al beso continuo de las brisas. Las ventanas lucen colgaduras de mil matices orladas con franjas de plata y oro. Una lluvia de flores se desprende de todas las alturas y cubre las lagunas de rosas que embalsaman los aires y flotan sobre aguas como sobre un rosál celeste. Las músicas conciertan con el tañido de las campanas y con el clamoreo de la muchedumbre. Todas las naves que hay esparcidas por el muelle de los esclavos, se mueven al viento ó á los remos para unirse con el cortejo. Las velas blancas ó amarillas, las banderolas de tan varios tonos, los mástiles ornados de guirnalda, las tripulaciones vestidas con sus más brillantes trajes, la multitud de gentes adornadas con sus mejores preseas que á bordo se

aglomeran á fin de presenciar la fiesta, dan á todas aquellas tablas flotantes el aspecto de movibles florestas. Y si tal aspecto tienen las naves de comercio, nada digo de las góndolas de placer. Son negras, pero su lustre de azabache resalta sobre la claridad de los mares. Y llevan, ya una pareja enamorada que destella pasión de sus ojos; ya una compañía de jóvenes que entonan armoniosos cantares; ya un coro de doncellas, más hermosas que las fingidas sirenas; ya una orquesta que produce suavísimos acordes; ya una especie de orgía, donde los transparentes vasos se chocan y los vinos de Chipre corren; ya grupos de damas, cuyas mangas de brocado casi rozan con las aguas, y cuyas cabelleras, cuajadas de perlas, zafiros y diamantes, descomponen los rayos del Sol en innumerables chispas, embellecidas y aumentadas por la reverberación del día en los cristales de los lagos.

Unid á esto los uniformes vistosos de los gondoleros y los colores vivos del traje de los marinos; el contraste de las túnicas de grana y púrpura con las túnicas de raso y terciopelo negro, las guirnalda ceñidas por las campesinas y las perlas entrelazadas por las damas á sus trenzas; el brillo de los ramajes de oro y plata sobre las vestas multicolores; los iris múltiples y cambiantes que forman, al impulso de las brisas, los plumajes; las reverberaciones del Sol en los petos y en los cascos y en las alabardas de los soldados, así como en la pedrería por do quier luciente; y decidme luégo si merece ó no Venecia y su escuela de pintura el dictado de diosa del color. Y, en medio de todos estos esplendores que deslumbran los ojos, resalta el Bucentauro, dorado, esculpido, cubierto de tapices con el Dux en un trono que le asemeja al Dios de las ondas. Diríase, al ver todo aquel singularísimo espectáculo, que las antiguas divinidades marinas, aquellas encerradas en los cristales del mar, blancas como las espumas, palpitantes como las ondas, tendidas en las madre-perlas, habitadoras de las grutas de nácar, cubiertas con las azuladas túnicas de estelas, conducidas al traves de los líquidos espacios por los juguetones delfines, habiansurgido de los abismos, tomando otras formas, ceñíndose los trajes y los signos cristianos, para continuar, merced á esta transformación, su antiguo imperio sobre las ondas y sobre los vientos. Así, mientras el cortejo, compuesto de tantos deslumbradores grupos, se ausenta, saludado por la parte de la población que queda en las ventanas y azoteas, todas cubiertas de orientales tapices, ó en los muelles é isleños todos henchidos de gentes, dos procesiones, formadas por todos los clérigos y todas las órdenes religiosas, se dirigen, una por la plazeta, á San Marcos, otra por el muelle de los Esclavos, á San Zacarías, á fin de depositar las reliquias de ambos santos. Y la magnífica procesion marítima se despide de las procesiones terrestres y toma rumbo hácia el Dido, donde el mar se besa con la laguna. Y llegada al Lido, el áureo palacio flotante, el Bucentauro se detiene, rodeado por los cincuenta Bisones, ó sean góndolas de respeto y de gala, llenas de coros y de orquesta. Las demás que, siendo de espectadores, aumentan y embellecen el espectáculo, se quedan á una respetuosa distancia, así como las naves de alto bordo. Todo el mundo se pone de pié y se descubre, menos los altos dignatarios. El Patriarca bendice el anillo nupcial, en cuya piedra está el león de San Marcos, y se lo entrega al Dux. Un coadjutor vierte de rico vaso áureo agua bendita al mar, y en los centros de los círculos que esta agua forma al chocar en la superficie celeste, arroja el Dux su anillo en señal de sus desposorios.

Y en efecto, Venecia, por aquel tiempo, rodeada de sus escuadras como de sus dioses menores, soberana de tantas islas griegas, señora del comercio oriental, bien puede creerse y llamarse la omnipotente Diosa de todo el Mediterráneo.

EMILIO CASTELAR.

¡SIN ESPERANZA!

I.

Las vagas tintas de risueña aurora,
Que nacen con el alba,
Á jóvenes y alegres pescadores
Vieron dejar la playa.

Al espirar la tenebrosa noche
Á la mar se lanzaban,
Como sombras movidas por encanto
Que en el delirio pasan.
Sobre tranquilas olas se mecía
La venturosa barca,
Y el leve viento al encontrar su vela
Apénas la empujaba.
Más tarde, el Sol tiñó ligeras nubes
Con encendida grana:
Alumbraba su luz el alto espacio
Reflejando en las aguas.
De blanca espuma la movable huella
Naciente aún se borraba,
Y ya la costa como leve bruma
Se mira en lontananza.
Un cielo azul, hermoso y trasparente,
Del Sol la ardiente llama
Y el ancho mar espejo de aquel cielo,
Daban placer al alma.
Tiernas canciones del amor nacidas
Y al nacer apagadas,
Á compas de los brazos remadores
Los pechos entonaban.
Canciones cual rumor dulce y sereno
Perdido en la distancia;
Como leve sonido cadencioso
De música lejana.
Canciones do palpita la armonía
En notas no estudiadas;
Melancólico son que al alma deja
En tristeza anegada.
Voz de placer mezclada al sentimiento
De una pena que es grata;
Voz de un dolor, en cuyo ser á veces
El corazón descansa!

II.

La tarde muere; cenizientas nubes
En el Cielo apiñadas,
El rojo disco de luciente fuego
Á la tumba acompañan.
El recio viento con furor bramando
Agita ya las aguas,
Y forma raudos con la inquieta espuma
Abismos y montañas.
Con fiero empuje y en inciertos giros
El huracán arrastra
La débil nave que á la luz primera
Abandonó la playa!
Vibrante luz, rasgando el firmamento
Deslumbrando y amenazando,
Y el ronco son del trueno en el espacio
Cual monstruo herido brama.
La última luz desde el confin remoto
Tristes reflejos manda,
Y con gigante vuelo y negro manto
La oscura noche avanza.
Hirvientes olas con fragor creciente
Do quiera se levantan....
¿Á dónde irá que su furor no sienta
La miserable barca?
Perdida en la extensión del mar airado,
Con la ruta borrada,
La tempestad sobre ella y lo infinito,
Y el sepulcro á sus plantas!...
Y sola y débil y en la horrible lucha
De todos olvidada....
¿Á dónde irá, si sombra, espanto y muerte
La cercan y avasallan?
Se salvará?... Lejano se halla el puerto,
La rivera lejana!...
Al borde del abismo se estremece
Y está... sin esperanza!

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

Jaen: 1878.

EN EL ALBUM

DA LA SEÑORITA DOÑA ISABEL ROS DE OLANO.

Su nitidez dió á tu frente
La nieve de las montañas,
Y un nublado de Occidente
Que entoldaba el Sol poniente
Dió su sombra á tus pestañas.

J. Zorrilla

Inspirada, magnífica, valiente,
Acabo de leer esa quintilla
Donde te cuenta el inmortal Zorrilla
Efectos de un nublado de Occidente.
Yo, trovador también, que ni la gloria

Ni los lauros de aquel he merecido,
Conozco mucha peregrina historia,
Y puedo relatarte de memoria
Las causas del nublado consabido.

Verás como fué el caso.
Una tarde iba el Sol hácia el Ocaso,
Y el azul de los cielos
No entoldaban las nubes
Porque de su crespon los densos velos
Batieran con sus alas los querubes.

Dios mismo contemplaba
Desde la cumbre de su inmensa altura
Las gasas mil de que vistió á natura,
Y cuando al Sol miraba,
En la ardiente hermosura
De su obra maestra se estasiaba.

He aquí que de repente
De su vivo entusiasmo en el exceso
El soberano artista Omnipotente,
Lánzase al Sol y deposita un beso
Del astro rey en la abrasada frente.

Y de placer henchido
El astro hirvió mil veces más que hervía
Y á fuego tal fundido
El beso, Isabel mía,
Trocóse ángeles de amor y de poesía
Tan bello, que ni aun Dios había podido
Soñarle en su creadora fantasía.

Desprendido del Sol, dejó la altura,
Tocó en la tierra impura
Y ya no pudo levantar el vuelo,
Quedando desterrado en este suelo.

Y es tan puro, tan bello, que á envidiarle
Llegó el astro del día
Porque diz que solía
Radiar luz tanta de sus bellos ojos,
Que al despertar el ángel, se veía
Al astro-rey palidecer de enojos
Y diz que se temió se apagaría.

Entónces el Potente
Para templar el fuego de tu frente,
Con nieve la cubrió de las montañas,
Y de tus ojos el fulgor ardiente
Con la sombra que diera á tus pestañas
Tomándola al nublado de Occidente.

JAVIER GOVANTES DE LAMADRID.

Madrid: 1878.

MIS DESEOS.

Yo ser quisiera de la aurora un rayo
De brillo refulgente
Y besar hasta el último desmayo
Los nácares hermosos de tu frente.

Agítame y volar cual pensamiento
Por etéreas regiones,
Para entrar cual el aura en tu aposento
Y beber en tu amor mis ilusiones.

Ser el aire que juega con los rizos,
De tu alma enamorado,
Para besar amante tus hechizos
Y vivir con tu aliento perfumado.

Ser clara Luna que tu faz retrata
Para mirar tus ojos,
Y en sus olas de luz, de hermosa plata,
Envolver tu beldad á mis antojos.

Ser la rosa que llevas á tus labios
Y en sus puros corales
Sin penas ni dolores, sin agravios
De tu amor yo libar dulces raudales.

Cual águila rapante en raudo vuelo
Y en amorosos lazos
Elevarte á tu patria, que es el Cielo,
Sostenida en las alas de mis brazos.

MATÍAS PASTOR.

Villacarrillo: 1878.

LA QUE YO ADORO.

Azules y serenos son sus ojos
Cual puro cielo del Abril florido,
Y es su boca de amor un dulce nido
Que fieles guardan dos claveles rojos:
Su voz encantadora presta enojos
Al rumor por las auras producido,
Y es su ardiente mirar, sol encendido
Que troca en bellas flores los abrojos.

Dulce ambrosia exhala su cabello
Que de sus sienes, cual cascada de oro,
Cae ondulante por su ebúrneo cuello:
Y es su pecho, de amor rico tesoro,
Para mí tan preciado como bello
Por ser del ángel á quien ciego adoro.

FRANCISCO W. MIGUEL.

Valencia, 1878.

LA PRIMERA VEZ.

Rojas flores lucía en su cabeza,
Un rojo chal sus hombros rodeaba,
Sencillo y negro traje realzaba
De su cuerpo la gracia y gentileza.

La ví después: su espléndida belleza
Entre oro y pedrería se ostentaba,
Y el mundo en juicios necios enlazaba
Su hermosura sin par y su riqueza.

Dos años hace y hoy cuando anhelante
Al ángel quiero ver de mis amores
Y el recuerdo responde á mi deseo,
No de esplendor y joyas deslumbrante,
Con negro traje y con sencillas flores
Cual la primera vez mirarla creo.

JUAN PEDRO BARCELONA.

PEQUEÑAS POESÍAS.

¿Quiéres del sufrimiento ver la imagen,
Gravada en duro acero?
Ama á una ingrata, y en sus bellos ojos
Al mirarte, verás el sufrimiento.

ARTURO GAZUL.

Cádiz: 1878.

EL FRAC. (1)

Si sois apasionados de esta prenda, no me leáis,
os lo suplico, porque intento descargar sobre la
misma los rayos de mi cólera largo tiempo re-
frenada.

Si por lo contrario, como yo la detestais, venid to-
dos á mí, venid y murmuraremos de ella, como reu-
nion de beatas bachilleras que, habiendo sacado á re-
lucir todos los chismes del vecindario, acaban por
despellejar al mismo sacerdote de cuyas immaculadas
manos recibieron el pan espiritual.

La murmuracion debe ser una diversion muy agra-
dable, cuando tan sin reserva la practican personas
de fortuna y calidad. Con que al avío, compañeros:
afeitemos nuestra lengua, por si quedan en ella algu-
nos pelos, y digámosle al frac cuántas son cinco; afile-
mos la tijera viperina de la sátira, deshílanemos al
pretencioso y ridículo frac; cortémosle y recortémosle
de manera que ni forma, ni hechura quede en él de lo
que fué.

Por mi parte, confieso con franqueza la animad-
version: en este momento quisiera tener á mano un
bisturí, un vaso de amarga hiel donde mojar la plu-
ma, para sajarle, deshacerle y mancharle á mi sabor.

Hechas con ingenuidad tales declaraciones, proce-
damos al análisis del frac, este *solapado* enemigo del
género humano.

¿Qué es el frac?... Materialmente definido, es una
vestidura de hombre, que por delante llega á la cin-
tura, y por detras tiene dos faldones. Existe, sin embar-
go, otra definicion más figurada, pero no ménos exac-
ta. ¿Qué es el frac? La presuncion, la farsa, el vicio
y la vagancia, empaquetados en algunas cuartas de
paño fino.

Tratemos de probarlo. El frac es la presuncion,
porque presta á la persona que le viste, las formas
del pavo, el más presuntuoso de los animales. Figu-
raos un señor barrigudo y calvo, con el frac ceñido,
el abdómen prominente, las piernas cortas, el cuello
erguido, los faldones aislados á manera de cola, algu-
nos pelos de bigote ó barba, que sobre el ancho de-
sierto de la cara y la calva reunidas, aparecen como
moco de pavo, y atreveos á afirmar que, con semejan-

(1) Del libro inédito *Anatomía social*.

tes condiciones, no compite el hombre, en apariencia
al ménos, con el animal citado. Además, esta vesti-
dura suele dar cierto empaque á la persona que la usa;
parece que el hombre más humilde, desde el momen-
to que se pone el frac, contrae la obligacion de esti-
rarse y mirar por encima del hombro á sus semejan-
tes, cuando no visten esta prenda.

Con auxilio del frac, suele darse á ciertas fiestas
aristocráticas, á ciertas solemnidades científicas, po-
líticas ó literarias, una pompa, un aparato, que sin
él no alcanzarían.

El frac es la farsa, porque viene á ser el dominó
del carnaval incesante de la vida, con el cual puede
á su capricho disfrazarse cualquier pelafustan. Al
amparo del frac, aparentan muchos una posicion so-
cial, una fortuna, que están muy léjos de poseer; al
amparo del frac, vierten los labios frases almibaradas,
tal vez cuando más amargura rebosa el corazon; al
amparo del frac, distraen algunos el hambre y las
miserias de la vida en aristocráticos festines; al am-
paro del frac, el hombre miente, engulle, traga, vende,
murmura y enamora. Hombres existen en el mundo
que, sin más capital que su frac, ni más armas que su
lengua, trepan hasta la cúspide de la fortuna humana.
Vuestro corazon es nominal, vuestro cerebro, empedra-
do de frases de salon, no vislumbra una idea propia ni
un rasgo generoso; no teneis, como suele decirse, so-
bre qué caeris muertos; pero, ¿qué importan tales
desventajas?... Vestid apresuradamente el frac, ese
billete que asegura libre paso á los grandes espectácu-
los sociales: penetrad en los salones con la frente er-
guida, la sonrisa en los labios, vertiendo á derecha é
izquierda el veneno seductor de la galantería; con-
vertid ésta en adulacion, amoldaos á todos los gustos,
adherios á todas las opiniones, ensalzad los méritos
agenos, aun cuando no existan; ahogad el grito de
vuestra conciencia, doblando ante el pecado la colum-
na vertebral; dimitid, en fin, vuestra personalidad, y
no temais: vuestra será la gloria y vuestro el por-
venir.

El frac es el vicio, porque representa la ociosidad,
madre de aquel en sus diversos estragos y manifes-
taciones. El frac es la vagancia, porque á su abrigo
el hombre no trabaja, ni produce nada útil á sus seme-
jantes, ni así mismo.

La chaqueta, la honradísima chaqueta del obrero,
teniendo su alcázar en las fábricas y talleres, baña la
frente del hombre con el sudor del trabajo; infunde vi-
da al universo; puebla de rumores el espacio; arroja
hasta las nubes el humo de las fraguas, que es el
aliento del progreso; desparrama sobre la humanidad
las comodidades, el recreo, los consuelos y el oro de
la industria. La levita, la novilísima levita, con sus
gallardas solapas y faldones airoosamente cruzados por
delante, dando gentileza al talle y dignidad á la fiso-
nomía, es la vestidura del sabio matemático, del hu-
mano hijo de Hipócrates, del elocuente jurisconsulto,
del inspirado artista, del poeta melodioso; y para de-
cirlo de una vez, de cuantas lumbreras han contribui-
do con su estudio á calmar los dolores físicos, á edu-
car corazon del hombre y á derramar los resplan-
dores de la ciencia en los tenebrosos pliegues del en-
tendimiento humano.

En cambio, el frac es una vestidura traidora hasta
en la forma, como esas sirenas de la fábula: por delan-
te parece una chaqueta, por detras una levita, sin ser
lo uno ni lo otro, semejante á los monstruos marinos
con semblante de mujer y cola de pescado. El frac,
visto por delante, inspira bondad y modesta franque-
za, visto por detras, inspira vanidad, pedantería, risa
y lástima.

Si es mucha verdad que en ciertas solemnidades
cubre el cuerpo del erudito académico, del sabio filó-
sofo, del esperto político, tampoco lo es ménos que
nunca ha acompañado á éstos en sus largas horas de
estudio y meditacion, sino en sus breves momentos de
orgullo y vanagloria.

Algunos hombres, no obstante, sienten por el frac
una verdadera adoracion. Quijotes de faldon y guan-
te blanco, le llevan á humildes reuniones, insultando
con su vanidad la modestia de los concurrentes. De
individuos sabemos nosotros que consideran *cursi* y
despreciable cuanto no tiene el honor de rozarse con
el frac; atisban con ojo avizor hasta el último salon, y

al encenderse en él la primera bujía, corre á vestir esa prenda bochornosa.

A nosotros nos causa una repulsion inexplicable. Raras veces le vestimos, y cuando las despóticas exigencias sociales nos obligan á ello, caminamos al lugar de la *ejecucion* como bajo el peso de un estigma. No se nos crea humildes por esta circunstancia: acaso es nuestro orgullo el que se subleva contra el frac, acaso recordamos intempestivamente haberle visto en los mozos de ciertos cafes y en los camareros de muchas fondas.

Finalmente y en resumen.

Cuando suene la hora tremenda del fallo inapelable, y destruidas las leyes naturales que rigen el concierto de los mundos, el mar salte la valla, tiemble la tierra, estallen los volcanes, el Sol extinga su lumbré, los planetas choquen unos contra otros, los muertos espantados se levanten, y sea todo luto, desolacion, ruinas, entónces, el Rey de los reyes, desde la cúspide altísima de su poder, con su séquito de ángeles y justos, su trono de luz y su balanza temerosa, exclamará llamando á juicio á los mortales:—

—¿Chaqueta, qué ha sido de tu vida?

—Señor, responderé ésta humildemente; héme aquí, desgarrada y miserable; mi vida fué una cadena de sufrimientos provechosos. He manejado toda suerte de herramientas en campos y talleres; he dirigido máquinas en las fábricas, atizando el fuego al pié de la caldera hirviente; con el sudor de mi rostro y la fuerza de mi brazo, construí embarcaciones con que atravesar los mares, robé á la tierra el secreto de su riqueza, alcé palacios al potentado, vestí al desnudo, di de comer al hambriento; interpreté los problemas de la ciencia en construcciones útiles, llevando á cabo proyectos gigantescos para honra y bien de la humanidad, sin más recompensa que los goces tranquilos del hogar entre amargas privaciones.

—Honradísima chaqueta, dirá el Eterno juez, tú representas el trabajo material; cada gota de tu sudor es una perla de tu corona; ven á mi seno y ocupa tu asiento en el Reino de los justos.

Y luego añadirá el Eterno:

—Levita, rinde cuenta de tus actos.

—Señor, yo me acuso de haber entrado en los salones, y fiestas mundanales, pero en breves momentos de descanso al lado de difíciles tareas. Tras largas horas de estudio, he vertido, en forma de libros, sobre la humanidad, raudales de sabiduría; he resuelto los grandes problemas de la civilización; he ilustrado la cátedra y el entendimiento humano con los resplandores de la ciencia; he cincelado estatuas; he pintado cuadros; he descrito en poemas inmortales la idiosincracia de las naciones; he curado al enfermo; he enseñado al ignorante; y en combinacion con la chaqueta, brazo de mi cabeza, he encadenado á mis pies el rayo, esgrimiendo el telégrafo por toda la redondez del orbe; he disparado la locomotora, como una flecha diamantina, hiriendo el corazón de las montañas, salvando abismos, anulando distancias, uniendo pueblos y llevando á todas partes los productos del suelo y de la industria; he surcado los mares en todas direcciones; á mi voluntad he separado continentes, llevando la civilización á ignotas tierras; he arrancado á la bóveda celeste el secreto de los mundos; he medido el tiempo; he profetizado las catástrofes terrestres, en lucha abierta y vencedor, contra la tierra, el mar y el aire.

—Basta, oh novilísima levita, tú representas el trabajo intelectual, la ciencia y el pensamiento; palanca de Arquímedes que moviste el globo, alma de mi alma, ven á mi seno.

Y luego, enarcando el rostro, severa la mirada y extendido el brazo, preguntará el Señor, con voz tonante:

—¿Y tú, desdichado frac, que has hecho de tu tiempo?

—*Mea culpa confiteor Domine*,—exclamará éste, agotando sus latines y deshaciéndose en reverencias. Si barita orgulloso, me he dormido en brazos del festín. Bufon con pretensiones de grave, viví pisando alfombras y vestidos, derramé á boca llena la lisonja, el orgullo y la calumnia. Adulé, mentí, tragué, engullí bailé no hice cosa de provecho y me burlé de quien la hizo.

Y así diciendo, y así imaginando las puertas del Paraíso dintel de los salones donde jamás se le negó la entrada, nuestro único sibarita dará un paso hácia la gloria, y al intentar el segundo paso:

—¡*Vade retro, frac!* prorumpirá el severo Juez, atronando el universo.

Y ángeles y querubines, santos y diablos, tierra y cielo, justos y condenados, repetirán en formidable coro:

—¡*Vade retro, frac!*

Y destrozado, caerá para siempre en los infiernos.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Madrid: 1878.

REVISTA DE MADRID.

ESTAMOS en plena temporada teatral. Todos los coliseos han abierto ya sus puertas, y como quiera que el moviento dramático es, en Madrid, el barómetro que indica la vida y animación de que se disfruta, por el momento puede asegurarse que estamos en un estado verdaderamente plétórico. El tiempo apacible, el Sol claro, y el cielo trasparente y puro, hacen del Otoño la estación más deliciosa del año en la corte. Gracias á esta circunstancia, los paseos están concurridísimos, las calles llenas de transeúntes, las tiendas se ven visitadas por las más bellas damas, que van en busca de las novedades, que el comercio pone como aliciente para la próxima estación. Las giras campestres en los amenos sitios de San Fernando, Vista Alegre, Quita Pesares y posesiones de Osuna, se repiten estos días con frecuencia, menudean las visitas de bien-venida, entre los amigos se celebran banquetes, en suma, la coronada villa, vestida de toda gala, se apresta á recibir al Invierno, que es el despótico señor que impone sus leyes á la elegante sociedad madrileña.

Las ferias viejas han estado y están aún muy animadas; porque la tradición tiene un irresistible atractivo para este pueblo, que, sin ser refractario al progreso, muestra un singular apego á sus costumbres. Las prenderías con sus antiguallas y sus oropeles deslucidos, y las librerías de viejo, son visitadas por miles de aficionados, que buscan en unas y otras, rarezas y curiosidades. El pueblo vá á las ferias á comprarse en los caballitos y barquitas del *Tío-Vivo*, y á comer avellanas frescas y melocotones de Aragón, y la aristocracia acude á ver el abigarrado y pintoresco conjunto que resulta del todo eterogéneo que compone las ferias, lo cual hace que el paseo de Atocha esté concurridísimo de todas las clases de la sociedad.

La vuelta de los expedicionarios veraniegos, y la llegada de los estudiantes, acaba de imprimir colorido y animación al cuadro, por lo cual Madrid, en estos momentos, está verdaderamente encantador.

Segun decimos ántes, el barómetro de la vida de la corte son los espectáculos, y en la actualidad los tenemos de todo género. Con la bellísima comedia de D. Juan Ruiz de Alarcón, *El semejante á sí mismo*, inauguró sus tareas el clásico teatro Español. Nada diremos de esta preciosa comedia, que tiene el sello de todas las de su autor, y que fué muy bien desempeñada por Rafael Calvo y Mariano Fernandez, los cuales nos hicieron saborear con su buen decir, las bellezas de la versificación. En cuanto á la refundición de la obra, hecha por D. Emilio Alvarez, sólo merece elogio. El comienzo, pues, de las tareas del Español ha sido bueno.

El teatro de Oriente se inauguró con la ópera de Verdi *Rigoletto*, en la que tomaron parte los artistas españoles Elena Sanz y Gayarre, no ofreciendo la ejecución nada de particular.

La segunda ópera cantada, ha sido *El Trovador*, en la que han obtenido un ruidoso triunfo los artistas Sanz y Verger, que cantaban por primera vez ante nuestro público. Elena Sanz, hizo el papel de Azucena como no se había visto nunca, y la Borgi-Mamo una Eleonora superior á todo encomio. En fin, la primera audición de la ópera *Trovador*, ha sido un verdadero acontecimiento. El golpe de vista que presentaba el regio coliseo era soberbio, por el deslumbrante lujo de la escogida concurrencia que llenaba todas las localidades. El palco real apareció cubierto con un crespon negro, en señal de luto por la inolvidable reina Mercedes.

Con buena sombra, como se dice vulgarmente, abrió sus puertas en la noche del 5 el teatro de Jovellanos, con una zarzuela titulada *La banda del rey*, nueva en tres actos y letra de D. Emilio Alvarez, y música de los maestros Fernandez Caballero y Casares. El primer acto tiene muy buenos coros; el segundo también contiene números muy inspirados, y por último, el tercero comienza con un preludio lleno de sentimiento y originalidad, que fué repetido entre calurosos aplausos. La bondad de la obra inaugural,

unida á las mejoras que la empresa ha realizado en el salón, y en general en todo el teatro; el nuevo alumbrado, la supresión de la lucerna, que era muy molesta, y el buen deseo de los artistas por complacer al público, hace esperar que la zarzuela no arrastrará este año la precaria existencia que en los anteriores. Allá veremos.

En la Comedia, despues de la función inaugural, que tuvo lugar con la preciosa comedia de Breton *La escuela del matrimonio*, se puso en escena, para conmemorar el aniversario de la muerte de Narciso Serra, la obra de aquel autor *D. Tomás*; y despues se ha estrenado un proverbio, titulado *La primera en la frente*, su autor es D. Luis Pacheco. La obra es ligera, humorística y superficial; pero agradable en el conjunto, y dará sin duda algunas entradas.

Segun anunciamos en nuestra carta anterior, en Apolo está la célebre trágica Adelaida Ristori dando una serie de seis representaciones. Como siempre cada representación es un triunfo para la eminente artista, sobre cuya frente reverdecen con el trascurso del tiempo, en lugar de marchitarse, los laureles del genio, *Medea*, *Isabelotta*, *Judith*, *Dejora*, *Maria Antoneta* y *Lucrecia Borgia*, representan para Adelaida Ristori, otros tantos triunfos alcanzados sobre la escena española.

En los teatritos pequeños Variedades, Martín y Esclava, ha tenido lugar el estreno de juguetes ligeros de escasa importancia; pero que llenan su objeto, toda vez que entretienen agradablemente al público que en tales sitios no busca otra cosa que el medio de pasar un rato.

En el bellissimo coliseo La Alhambra, la compañía de ópera cómica continúa haciendo su negocio, con gran contentamiento de los aficionados al género bufo; porque allí se hallan con formas cultas, bien vestido y bien desempeñado, sin contar que además cultivan el cómico con maestría. *D. Pascual*, *El matrimonio secreto*, *Crispino é la comare* y *El barbero*, son obras que desempeña dicha compañía de un modo inmejorable.

De propósito hemos dejado para el final la parte más dolorosa de esta reseña de espectáculos; porque doloroso es siempre, á lo ménos para nosotros, tener que censurar las producciones dramáticas ó literarias, sabiendo cuántos esfuerzos y cuántas noches de insomnio representan para su autor; pero deber es de la crítica señalar los defectos, lo mismo que enumerar las bellezas para ayudar al criterio del público.

Despues de grandes y prematuros elogios tributados á la segunda producción del jóven poeta D. Juan de Cavestany, que en su primera obra *El esclavo de su culpa* se había revelado como un genio superior; despues repetimos de grandes elogios prematuros, puesto que se tributaban á una obra no conocida más que de algunos amigos que habían escuchado la lectura, llegó por fin la hora del estreno, que fué en la noche del 5, y las esperanzas del público que llenaba el teatro Español, salieron defraudadas. *Grandezas humanas*, se titula esta comedia que nos ocupa; y á juzgar por el primer acto, que es el mejor de la obra, parece que en ella se vá á plantear una importante cuestión social, resultando despues del resto de la acción, que el autor tuvo miedo y la conduce y desenlaza de una manera vulgarísima, sin que demuestre nada nuevo, nada importante, ni nada que justifique siquiera el título conque la ha bautizado. Un marques idólatra del becerro de oro, y comprometido con un usurero, vende la mano de su hija á un banquero de sospechosos antecedentes, esperando por este medio salir de su mala situación financiera, y abarcar especulaciones en las que espera enriquecerse. La niña protesta, porque ama á otro. Este otro ha depositado en manos del padre de su amada diez mil duros, que deja en la casa cuando le desahucian como amante, y se marcha á Cuba. Hasta aquí el primer acto. En el segundo, es la noche de los desposorios de Maria con el banquero. El marques despliega un lujo oriental para cubrir las apariencias: la niña llora, la madre suspira, el abuelo se lamenta; pero el padre, sin entrañas, lo vé y lo oye todo imposible, pensando sólo en su ambición.

De repente, en medio del apogeo de la fiesta, el novio desaparece: corre el rumor entre los convidados de que el tal banquero es un caballero de industria, y la casa queda desierta. En el tercer acto, y aquí entra lo más vulgar, y lo peor de la obra, el marques está enfermo: su mujer, su hija y su suegro, se esfuerzan en consolarle: él se lamenta mucho, y muy alto, del mal que hizo, y sobre todo de las consecuencias, pues teme que de un momento á otro se extienda contra él auto de prisión por deudas, valor de treinta mil duros. Su suegro y su esposa han recorrido todos los medios para reunir aquella cantidad, y sólo han logrado allegar veinte mil duros; mas he aquí que, el antiguo amante de Maria, enterado por un amigo de la desesperada situación del padre de su amada, le regala los diez mil duros que en otro tiempo le había dejado en depósito. Como si este milagro del tío en Indias no fuera bastante á desenlazar la comedia á gusto de todos, el marido

de María, que huyó al extranjero en la noche misma de las bodas, pone fin á su azarosa existencia, saltándose en París la tapa de los sesos, y la noticia del suicidio llega junto con la donación de los diez mil duros, y con la vuelta de Cuba del enamorado Enrique que halla ya libre de los odiosos lazos á su antigua amada.

Como se vé, si algun problema social quiso plantear al autor, éste queda en pié. El protagonista de *Grandes humanas*, es un ambicioso vulgar, y ninguno de los otros personajes se eleva á la altura de una creación. La forma poética tampoco pasa de mediana, teniendo exceso de diálogos, y escasez de pensamientos.

La noche del estreno fué el autor llamado al palco escénico al fin de cada acto; pero á la cuarta representación el teatro estaba vacío, y á la sexta desapareció de la escena. La ejecución fué esmeradísima por parte de los hermanos Calvo (D. Rafael y D. Ricardo), y buena por la de los demás actores. La Srta. Mendoza Tenorio hizo lo que pudo; pero su papel no tenía lucimiento.

Noticias dramáticas hay muchas; pero no queremos anticiparlas, porque sería gastar del capital con que contamos para la revista próxima. Los circos Arderius y Price se cerrarán de un momento á otro. Las dos últimas corridas de toros no han pasado de medianas, y en cuanto á los bailes públicos son los que han sido siempre, sitio de reunión de cierta clase de mujeres, y punto al que van los hombres, porque los hombres van á todas partes.

La literatura descansa, ó mejor dicho los editores dicen que no se lee, y no quieren arriesgar el dinero, y como los autores suelen tener muy poco, los manuscritos duermen en los cajones y no se publica nada nuevo.

Como esta revista es ya demasiado larga, no decimos en ella nada de modas, reservándonos el mandar dentro de unos días una ligera reseña de las novedades de los trajes de Otoño, para conocimiento de las amables lectoras del CÁDIZ.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid 12 de Octubre 1878.

UN CARMELITA.

POR

J. M. GÓMEZ COLÓN.

(CONTINUACION.)

Durante un mundo de reflexiones, pasó el primer acto de la ópera.

Cayó el telón.

Precipitose entonces el capitán fuera del Teatro, allí en el intercolumnio que formaba el pórtico estaba el cartel: lo leyó.

Rosina no tenía el nombre que esperaba encontrar.

Y sin embargo, era ella; no podía caberle duda alguna.

Volvió á penetrar en el coliseo: rápido como el pensamiento, se encaminó por los pasillos á lo interior del escenario. Sin embargo de estar prohibida la entrada, todavía por entonces el uniforme de un oficial abría en Cuba todas las puertas. Entró, y se fué derecho al vestuario.

Se alzaba el telón.

Aquel santuario de los camarines de las damas estaba cerrado.

No hubo medio de salvar puertas tan bien encajadas.

Plantose el capitán como un centinela delante de las para él vedadas entradas.

A poco una de ellas se abrió con precaución, y se volvió á cerrar con precipitación.

Pasaron unos cuantos minutos, y la misma puerta volvió á abrirse para dar salida á una mulata.

Vinieron despues tres caballeros, tocaron y entraron en el mismo camarín.

Trascurrido poco tiempo, salieron aquellos señores; y desde luego advirtió el capitán en el ir y venir de empleados, un movimiento que no convenia al instante de la representación.

Llegó la escena cuarta del segundo acto.

El conde acababa de decir:

«Ella viene: ¡ah! cómo me palpita el corazón!»

Pero á quien le palpita de veras era al capitán, que sin quitar los ojos de la puerta del camarín, creía llegado el momento de ver á Rosina.

El conde esperaba en escena, admirado de que Rosina no llegara: continuaba la orquesta automáticamente: comenzaba el público á desasosegarse....

Un empleado se presentó en la embocadura, y tras un extremado saludo respetuoso dijo:

—Respetable público: una repentina grave indisposición de la cantante encargada del papel de Rosina, impide continuar la ópera, y con permiso de la autoridad se suspende la función.

El telón cayó.

Comenzaron á apagarse las luces del escenario.

Pretendió el capitán guardar su puesto, comprendiendo que la dama del último camarín cerrado, no había de quedarse en él; pero no le fué posible permanecer en aquel lugar, pues con la mayor cortesía le invitaron á salir.

Al dejar el teatro iba diciendo:

—Mañana lo averiguaré.

No recordaba que á las siete de ese día entraba de guardia en la puerta de Tierra.

Allí se le vió por la tarde sentado en una silla á la entrada del cuerpo de guardia, un tanto pálido y ojeroso, leyendo un periódico.

Al llegar á cierto lugar del *Diario de la Habana*, se puso el capitán en pié, brusca y arrebatadamente levantó el periódico como para pedir al Sol mayor luz, y leyó:

«Un grave suceso nos priva de la ópera por algun tiempo. Esta mañana han desaparecido de la Fonda del León de Oro, donde se hospedaban, dos de las principales cantantes, habiendo anoche enfermado una de ellas, y motivado la suspensión del espectáculo.

«Segun informes, se han embarcado en una goleta americana, con dirección á los Estados-Unidos.»

—¡Maldición!!

Y el capitán cayó desplomado en su asiento.

VIII.

¡Cuántos sucesos en los años transcurridos!

Había bajado al panteón del Escorial el cadáver de Fernando VII.

Era la tumba de ese monarca finido, escabel de dos tronos para un solo reino.

Por una ley pragmática sancion, Isabel, hija de Fernando, era la Reina de España, segunda de su nombre.

Por la voluntad de las provincias vascas, era Rey de aquella monarquía D. Carlos, el quinto de los suyos.

Una cruenta sañuda guerra civil, había hecho correr á torrentes la sangre de hermanos.

En aquella tierra donde el árbol de Guernica personificaba la mayor concordia liberal posible, habianse sembrado semillas de discordia, cuyos frutos debía madurarlos la intemperancia de la libertad.

Los frailes habían volado de los confesonarios á las calles.

Las ideas habían subido de las calles á los palacios.

A la revolución del cañón había sucedido la revolución del pensamiento.

Seguía la sangre corriendo.

Parecía como que España hubiese mal su grado menester de ese riesgo para fecundizarse y producir.

Los españoles se habían hecho hombres políticos.

Se cantaban el *Requete* y el himno de Bilbao.

La Regente mujer, había por la galantería de la fuerza cedido su puesto al Regente caudillo.

¿Está averiguado si se ganó?

Las esperanzas del pueblo parecían trocadas en derechos.

Habianse las aspiraciones convertido en código fundamental.

D. Carlos se había ido con sus pretensiones al otro lado del Pirineo.

Una niña en el trono, jugaba á las muñecas con las baratijas que desde sus abuelos estaban acumuladas en los palacios de Oriente y de Aranjuez.

Los hombres se entretenían en jugar á los bolos con cabezas de políticos.

Todo era jugar.

Unos jugaron su propia cabeza: otros su prestigio: otros su popularidad: otros...

Y, sin embargo, decíase que se ganaba.

¿Quién pone tasa al capricho?

En el modesto despacho de la iglesia de... en Cádiz, veíase á un escuálido, alto y macilento sacerdote, asentar en un libro infolio, una partida de bautismo.

Era aquel magro eclesiástico el cura de la parroquia.

Hombre austero, querido, reverenciado, orador, un tanto agrio á veces, pero cuyos arranques de carácter, hacíanlos despues olvidar á fuerza de dulzura y mansedumbre.

Su tristeza era proverbial.

El rostro de aquel hombre denunciaba gravísimos pesares.

Los hombres se compadecían. Las beatas murmuraban.

Las jóvenes encontraban en los todavía hermosos ojos de aquel encanecido sacerdote, algo de llamadas y fugaces irradiaciones de una alma contenida, que cada una de aquellas espiritualidades juveniles, interpretaban á su manera.

Las viejas le veneraban, pero en ociosos cuchicheos allí mismo junto á la rejilla del confesonario, se hacían reo de historias maldicientes.

Para la disección no hay como el escalpelo público.

Dejó el cura la pluma para enjugarse el rostro, de donde caían á la vez frias gotas de sudor y lágrimas ardientes.

Estaba solo.

Acababa de escribir estas palabras:hija de D.... y de Doña.... natural el primero de Cádiz, y la segunda de Madrid.....

El cura murmuraba:

—¡Tan pronto lo olvidó todo! ¡Tan pronto madre! ¡Y aquí en mi propia parroquia....

En aquel momento se abrió con estrépito la cerrada puerta del despacho; y sin anunciarse, sin ceremonia, bruscamente penetró en la estancia un coronel, que con los brazos abiertos y los húmedos ojos fijos en el sacerdote, habíase detenido absorto en medio del despacho.

Levantose presuroso el cura de su asiento, y miró desenfadadamente de hito en hito aquel agresivo descortés.

Súbito, dos grandes gritos resonaron en aquella reducida estancia.

Aquellos dos hombres se habían reconocido. Una inmensa alegría brotaba de sus ojos. Al echarse el uno y el otro en los brazos, sin saber cuál fué el primero, dos nombres se escaparon de sus trémulos labios.

—¡Arturo!

—¡Luis!

En aquel entusiasta, cariñoso y estrecho abrazo, había una historia: un mundo de recuerdos: un universo de sensaciones: dos cabos de un lazo unido.

Cuando se pudo hablar exclamó el cura:

—¿De dónde vienes? ¿Qué uniforme es este? ¿Por qué estás flaco y renegrido? ¿Qué....

—Despacio, Arturo, despacio: parece que la sotana no ha dominado tus brios.

—Tienes razón: sentémonos y hablemos.

Aquellos dos hombres se sentaron muy juntos y se tomaron las manos, como dos fervorosos creyentes, despues de una fatigosa peregrinación.

—Aquel fatal día que amaneció muerto de una estocada mi hermano Felipe, fui á buscarte como un loco.

El cura palideció y oprimió más fuertemente las manos del coronel, para ocultar la excitación de sus nervios.

—No estabas. Se me dijo que desde palacio, donde te hallabas de servicio, habías salido en posta para Valencia, á una comisión urgentísima encomendada por el Rey.

Arturo guardó silencio, Luis continuó:

—Tú eras como nuestro hermano.

Nuevo estremecimiento del cura.

—No, dijo Luis con vehemencia tomando por queja el movimiento; eras nuestro hermano de corazón: tú, el más querido de Felipe. Iba en busca tuya, porque en aquel horrible suceso había un misterio que no podía penetrar: te buscaba para que me ayudases, para que me iluminases.

—Yo?

—Sí, tú. Eras el privilegiado amante de Julia; Felipe sostenía relaciones con Carolina; os veáis con frecuencia; quizá aquella noche misma la habíais pasado juntos: nadie sabía nada: no funcionaba la justicia: había en todo aquello una paralización extraordinaria, una indiferencia que me asesinaba á mi también.

—Pobre Luis!

—Sí, haces bien en compadecerte. De tu cuartel fui á llorar sobre el cadáver de mi hermano: era entonces todo lo que me quedaba que hacer.

—¿Y Julia y Carolina?

—Habían desaparecido. O nadie las buscaba, ó la policía era imbecil.

—Luego ellas eran las criminales?

—Estaba dividida la opinión. El rastro de alguien que había escalado ó descendido por el balcón del entresuelo; la puerta de la escalera cerrada con llave por la parte de afuera; una espada en poder de la justicia sin saberse cómo la adquirió; estos eran, Luis, los detalles todos, suficientes sólo para embrollarse.

El cura se había cubierto la cara con las manos y lloraba.

También las lágrimas de Luis brotaron de sus ojos.

Pasados unos instantes el sacerdote exclamó:

—Roguemos á Dios por Felipe! Dejemos á la Providencia dueña del destino!

—El destino!... Sí, parece que el destino se complace en ocultar al matador de mi malogrado hermano. En la Habana hallé hace años á Julia y á Carolina.

—A ellas!!

Interrumpió con ansiedad el cura.

—A ellas. Eran cantantes en una compañía de ópera. Las reconocí; creía haber encontrado el hilo que me hace falta, pero...

—Pero qué?

—Se escaparon á los Estados-Unidos.

—Y tú?...

—Las seguí, vive Dios: mas no fué posible dar con ellas. Es un endiablado pueblo ese á donde todo el mundo vá y á nadie se encuentra. Parece que todos tornan á bautizarse en el Missisipi, y adquieren nuevo nombre y nueva forma.

—Y bien.

—Mi licencia terminó y volví á la Habana agotado mi

bolsillo y frustradas mis esperanzas. Pasó el tiempo; me casé con una mujer opulenta; comencé á tener hijos; ascendí; ya no era tan fácil ir por esas madrigueras llamadas repúblicas, en busca de dos mujeres. Me he retirado, y aquí me tienes de vuelta á España para que mis hijos lloren sobre la tumba de un tío, que no conocieron, pero á quien aman porque le amo yo.

Los dos hombres callaron y guardaron silencio, cada cual entregándose á distintas sensaciones.

El coronel fué el primero á hablar.

—Pero tú ¿por qué llevaste á cabo tan repentinamente una transformación increíble, dado tu carácter, y conociendo tus gustos y tus inclinaciones?

Pareció como que el sacerdote volvía de un sueño pesado á una realidad terrible.

Era sacerdote y no debía mentir.

Y sin embargo, estábale vedado decir la verdad.

—Aquella funesta noche, precedente al que has llamado malhadado día, iba yo desatentado, loco, en busca del palacio de la Nunciatura.

—Ya! Asuntos del Rey, del Infante, de Roma tal vez: también mi hermano estaba metido en esos berengenes.

—Al llegar á cierta calle, que no puedo decir cual sea, tropecé con algo, caí, y quede tendido en el arroyo, privado de conocimiento. ¿Cuánto tiempo estuve allí? No lo sé. Al volver en mí me encontré bañado en sangre de una herida que me hice sin duda al dar con la cabeza en el pavimento. Apenas recordaba nada... veía sí, sangre por todas partes... horrorizado, presentía graves acontecimientos. Recordé milagrosamente que llevaba escondidos en el pecho importantes documentos que debía llevar á alguna parte. Me levanté como pude... ¡Luis! allí, frente á mí, había un nicho con una imagen de Ntra. Sra. del Carmen, alumbrada por un farol. ¿Por qué me prosterné ante esa imagen? ¿Por qué la imploré en mi ayuda; por qué me ofrecí á su intercesión? No lo sé. Pero lo hice, Luis, y desde luego, al parecer más animoso, continué mi marcha hacia el palacio del Nuncio. Le entregué lo que debía... Horas después, el guardia que había entrado por las puertas de la Nunciatura, salía hecho novicio de la orden de Carmelitas descalzos, viajando en una silla de postas que le conducía...

—A la comision del Rey.

—A un convento.

—Extraño acontecimiento!

—No me preguntes más. Respeta, no mis hábitos, que quedaron hecho trizas en el tejado de un monasterio, sino estas negras vestiduras del exclaustro carmelita, cuya vida la arrastra entre delirios que le asustan, entre recuerdos que le consumen, entre esperanzas que no pueden realizarse sino allí.

Y el cura elevó hacia el Cielo sus dos manos.

Al día siguiente salía de Cádiz para Madrid el coronel con su familia.

El cura oraba en su iglesia bañado el rostro de lágrimas. (Continuará.)

NOTICIAS.

La casa editorial de D. Gregorio Estrada (Dr. Fourquet 7, Madrid), ha comenzado la importantísima publicación de una *Biblioteca enciclopédica ilustrada*, compuesta de varias secciones científicas y recreativas, que ha de ofrecer al público libros de gran utilidad y al alcance de todas las fortunas por su baratura. Cuenta con la cooperación y con obras ya escritas de los Sres. Ardila, Arnao, Biedma (D.^a Patrocinio de), Blasco, Buil, Cabiedes, Calvo y Muñoz, Campoamor, Campo Arana, Cano y Masas, Coello, Conde de Salazar, Coupigny, Cuenca, Diaz y Perez, Echegaray (Excmo. Sr. D. José), Echegaray (D. Miguel), Estremera, Fernandez y Gonzalez (D. Manuel), G. Bedmar, García y Santisteban (D. Rafael), Ginard de la Rosa, Gomez (D. Valentin), Gomez Molinero (D. Eugenio), Gonzalez de Iribarren, Grassi (D.^a Angela), Grilo Guijarro Handell (Sr. Baron de), Hartzenbusch, Herranz, Herrero, Lasso de la Vega (D. Angel), Luna, Lustonó, Marquina, Matoses, Nakens, Navarro Gonzalez, Nuñez de Arce, Olavarria, Palacio (D. Manuel del), Palacios (D. Eduardo), Perez Echevarria, Rada y Delgado, Reina, Retes, Rodriguez Correa, Ruiz Aguilera, Seco, Saez de Melgar (Doña Faustina), Sanchez Ramon, Sellés, Sinués (D.^a Pilar), Velazquez y Sanchez, Zapata y Zorrilla, y otros muchos de los que más celebridad gozan.

La compañía cómica que actúa en el Principal bajo la dirección del Sr. Albarran, continua dando muy buenos ratos á la sociedad gaditana con las lindas comedias que elige, y su acertada representación.

La Srta. Genovés gusta mucho por su delicada manera de decir, y su simpática figura, y también se hacen muy simpáticas las Srtas. Selma y Carrion.

Creemos que la concurrencia irá en aumento á medida

que las frescas brisas de la noche alejen de los paseos á nuestras bellas gaditanas, pues no hay mejor punto de reunión.

La Sociedad de cuartetos ha obtenido un brillante triunfo en las sesiones que ha celebrado, siendo aplaudidos los artistas que han tomado parte en los conciertos como lo merecen por el gusto y perfección con que interpretan los más escogidos trozos de música clásica.

Han llegado á Sevilla los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier, y sus hijos. Les enviamos la más respetuosa bienvenida, hasta tener la honra de ofrecerles personalmente nuestros respetos.

Los periódicos de Madrid comienzan á prestar interés á la importantísima cuestión de estudiar las necesidades de las provincias, y dar á éstas vida propia, y elementos para engrandecerse sin la presión de la corte. El CÁDIZ, fundado con ese objeto, que ha defendido esa idea ya con los trabajos que ha publicado, ya con las asociaciones que en Andalucía intenta formar, se felicita de verse apoyado por notables publicaciones de Madrid y provincias, y no duda, con el apoyo de tan dignos compañeros, llegar á conseguir su objeto.

Algunos señores socios de la *Federación literaria*, han enviado sus cuotas de entrada á esta Redacción, y no han podido ser admitidas, pues deben recordar que aún es interina la Asociación, y que hasta que tenga sanción legal no puede cobrar dinero alguno. Cuando esto suceda no será la Sra. Presidenta, sino el Sr. Tesorero el encargado del cobro de las mensualidades.

Todos los periódicos de Cádiz consagran elogios justísimos al digno Jefe económico de la provincia, Sr. D. Juan de Pol, por haber conseguido con su valiosa influencia que Cádiz tenga para los fumadores las mismas ventajas que Madrid, por la expendición de una clase de cigarros que se elaboran en la corte. Nosotros, al hacernos eco de estos justos aplausos, nos felicitamos también de que poco á poco y en todos los ramos, las provincias vayan poniéndose al nivel de la capital, deshaciendo así su injustificada y absorbente centralización.

Al ocuparnos de la función dada en la noche del 17 por la compañía que dirige el Sr. Albarran, debemos hacer especial mención de la Srta. Genovés y el Sr. Gomez, que en la pieza *¡Pobres mujeres!*, de Gaspar, se distinguieron de una manera notable, dando á conocer lo mucho que valen para la escena.

Digna de aplauso es también la Empresa del teatro Principal por el deseo que muestra de complacer al público.

Un acto digno de elogio tendrá lugar en este teatro el Martes próximo, pues con motivo de ser el aniversario del fallecimiento de nuestro querido é inolvidable amigo el Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, que tan alto puesto supo conquistarse en la república de las letras, la compañía dramática que en la actual temporada en dicho teatro trabaja y que está dirigida por el célebre actor gaditano Sr. Albarran, dedica á su memoria la función que se verificará dicho día.

La empresa, según se nos ha manifestado, invita á los escritores de esta ciudad á que dedique asimismo algunas composiciones que den mas solemnidad á este acto.

No dudamos que cuantos aman y cultivan las letras, pagarán el merecido tributo con sus escritos, á la memoria del que fué orgullo, gala y prez de las letras gaditanas.

El baston de mando que algunos liberales de las provincias valencianas regalan al general Jovellar, es una caña magnífica de Indias de blancura sin igual.

Los ojillos por donde pasan los cordones de las borlas, tienen la forma de las cruces de Isabel la Católica y San Fernando.

El puño es de oro y su parte superior es de lápiz-lazuli, y en su centro se encuentran formadas de brillantes las iniciales del señor Jovellar.

En las seis caras que constituyen el exágono de dicho puño se ven atributos que representan las armas de aquella provincia y las de artillería, caballería, estado mayor, ingenieros, infantería, industria y comercio, ciencias y artes.

Se ve también en el puño un ramo de olivo, y sobre él un escudo con la palabra PAZ. Y siguiendo el orden gótico el regatón es de oro mate cinceledo. El baston es una verdadera obra de arte.

Dignísimo es del obsequio el bravo general á que se destina.

Ha fallecido Monseñor Dupauloup, Obispo de Orleans, que por su ciencia y virtudes ha sido muy sentido de todos los católicos.

Hemos recibido un precioso tomito, en el cual se coleccionan varias *Poesías y pensamientos* del album de la Alhambra, por el distinguido Director de *El Universal*, de Granada, D. Luis Seco de Lucena. Cópiase en él todo lo más bello de ese rico libro regalado por el príncipe Dolgorouki para que los viajeros consignasen sus impresiones. Agradecemos infinito el recuerdo.

En el teatro Principal se ha presentado al público el *Hombre anfibio* Mr. James Swan, que permaneciendo algunos minutos debajo del agua como Mis Lurline, y escribiendo y comiendo como ella, ofrece la novedad de hacer que le acompañen en sus ejercicios acuáticos dos serpientes y un caiman, con el cual baila un wals, ó cosa así, dentro del agua.

El público llenó el teatro, y pareció complacido de la novedad del espectáculo, de cuyo buen éxito nos alegramos infinito.



R. I. P.

EL SR. D. FERNANDO DE BIEDMA Y ZEA,
CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BAEZA,
HA FALLECIDO EL DÍA 10 DEL CORRIENTE.

Su sobrina Patrocinio de Biedma, ruega á sus amigos, y á los lectores del CÁDIZ, pidan á Dios por su eterno descanso.

ANUNCIOS.

VAPORES CORREOS



DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

Para Puerto-Rico y Habana

De Cádiz, los 10 y 30.—De Santander el 20, tocando en Coruña el día siguiente.

Más informes de los Agentes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.

LINEA DE VAPORES ESPAÑOLES
DE OLANO, LARRINAGA Y COMP.^a



PARA MANILA.

El nuevo y magnífico vapor de 5.800 toneladas

LEON

saldrá de Cádiz para Manila el día 10 de Noviembre y el 15 de Barcelona.

Admite carga y pasajeros.

Para más informes, acúdase á su consignatario en Cádiz, plaza de las Cuatro Torres, núm. 5, y muelle de la Puerta del Mar,

D. MANUEL A. DE AMUSATEGUI.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL
DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor
Sacramento 39 y Balas 8.